

*Del paraíso soviético al peligro marxista.
La Unión Soviética
en la España republicana (1931-1936)*

M.^a DE LOS ANGELES EGIDO LEÓN *

Sin duda, tras la francesa de 1789, fue la rusa de 1917 una de las revoluciones que de hecho y de derecho merecen tal nombre en la Historia. Sentado este principio no resulta extraño que el acontecimiento levantase polémica y originase una abundante literatura del más diverso carácter en todos los países de Europa y también en España, especialmente durante los diez años siguientes a su triunfo. Sin embargo, aquí nos ceñiremos a la década siguiente, sobre todo a su primera mitad, que ofrece interés especial por coincidir con un período igualmente novedoso en la historia española: la república de abril.

— I —

En efecto, en estos años en que también en España se estaba llevando a cabo una experiencia política, social y económica de largo alcance, la observación del fenómeno soviético parecía especialmente indicada, máxime cuando lo que en algunos sectores se contemplaba como un ejemplo a seguir, aparecía en otros como un modelo a evitar. Esta dualidad, que escondía a su vez una dicotomía profunda de la psicología y de la vida política españolas, se reflejaría en el modo y en la consecuencia de acercarse al fenómeno soviético. Sea como fuere, lo cierto es que puede afirmarse sin faltar a la verdad que no hubo periódico o revista española de

* Departamento de Historia Contemporánea. UNED. Madrid.

los años 30 que no se ocupara, con uno u otro propósito, de los acontecimientos rusos. Bien entendido, claro está, que el tono y contenido de estos artículos variaba y no poco en función de dos factores: el año al que se referiera —no era lo mismo contemplar la Rusia inmediatamente posterior a la revolución, en pleno comunismo de guerra, que la Rusia de Stalin, en plena reconstrucción económica y social—, y de las simpatías ideológicas del órgano en cuestión.

Hecha esta salvedad, el panorama de obras referentes a la experiencia soviética presenta durante el período republicano un amplio espectro. En efecto, en los años 30 se publicaron en España numerosos libros sobre Rusia, que fueron difundidos, con las limitaciones de la época, por editoriales como Cénit, España, Edeya, Zeus, etc., y no pocos artículos que salieron a la luz no sólo en la prensa diaria, sino en revistas de carácter cultural o de divulgación intelectual que contribuyeron notablemente a la difusión de una imagen determinada de la Unión Soviética. En el caso español cabe citar entre éstas a la más conocida: *Octubre*, la revista de Rafael Alberti y María Teresa León, que se titulaba «en defensa de la URSS», y a la valenciana de Josep Renau, *Nueva Cultura*, única afiliada expresamente al Partido Comunista. Subrayamos esto porque, aunque suele atribuirse en esta labor divulgativa un papel especial a los comunistas, no resulta del todo cierto. Como ejemplo de lo contrario podemos citar la revista anarcosindicalista *Orto*, dirigida por Marín Civera, o la misma *Revista de Occidente*, de Ortega, que también se ocuparon de la URSS¹.

En cualquier caso, con ser importante la labor divulgativa de estas revistas, sin duda lo fue mucho más la de los libros de viajes, que gozaron de gran aceptación en la época. En efecto, la expectación despertada por la nueva Rusia provocó una especie de «moda», de necesidad más bien, de viajar al país de los soviets para contemplar de cerca lo que se conocía por referencias, a menudo contradictorias. Con este propósito viajaron a Rusia personajes de lo más variado: desde líderes obreros, enviados por sus respectivos partidos para extraer consecuencias políticas, hasta meros curiosos deseosos de contemplar una realidad controvertida. Impulsados por uno u otro motivo fueron numerosos los españoles que viajaron a la URSS: socialistas, como Fernando de los Ríos, Isidoro Acevedo, Julio Álvarez del Vayo, Rodolfo Llopis, Julián Zugazagoitia, Margarita Nelken; anarquistas, como Angel Pestaña; comunistas, como Dolores Ibárruri o José Díaz; sin olvidar otros líderes obreros que incluso vivieron largas temporadas en Rusia, caso de Andrés Nin o Joaquín Maurín. Pero con ser la

¹ EVELYNE LÓPEZ-CAMPILLO en *La Revista de Occidente y la formación de minorías (1923-1936)*. Taurus, Madrid, 1972, ha contabilizado entre 1925 y 1933, 23 artículos sobre la URSS aparecidos en el órgano de Ortega, descendiendo el interés a partir de 1934, cuando lo retomaron otras revistas a las que hacemos referencia en el texto.

representación obrera e izquierdista la más numerosa, no fue la única. También fueron líderes regionalistas como Cambó o Maciá; intelectuales, como Alberti o Sender, y no pocos particulares llevados por la mera curiosidad —García Sanchíz— o interesados en aspectos concretos del régimen soviético —Diego Hidalgo—, cuyas iniciativas se vieron facilitadas por una curiosa organización: el Intourist ruso, una especie de agencia de viajes, que patrocinaba los viajes a la URSS y, aunque marcaba un itinerario determinado, no dejaba de proporcionar una ocasión incomparable para observar de cerca los contrastes de una realidad nueva y atrayente hasta para el espectador mediano.

Fruto de estos viajes, en su mayoría, fueron numerosos libros que ofrecían descripciones superficiales de aspectos de la vida cotidiana e incidían en temas anecdóticos o secundarios, pero que desplegaban, en cambio, con mayor soltura el abanico entre una Rusia como paraíso y una Rusia como infierno. Estos últimos tenían una clientela asegurada en los círculos elegantes, donde «charlistas», como García Sanchíz los difundían, y entre los lectores de la prensa conservadora, que los reseñaba. Tal es el caso de *El Meridiano de Moscú o la Rusia que yo vi*, de Luis Hoyos Gascón ², de quien el comentarista de *ABC* destacaba una cita subrayando, de entre las vistas en Rusia, «tres cosas que a mí me harían desgraciado: la negación de la libertad, el ambiente de miedo que se respira y la intransigencia fanática de los que mandan» ³. En la misma línea estaba el de Eloy Montero, *Lo que vi en Rusia* ⁴. El autor, catedrático de Derecho de la Universidad de Madrid, resaltaba los aspectos negativos del régimen soviético. Todo era, desde su punto de vista, miseria moral y material que llamaba a la compasión. Eugenio Vegas, al reseñarlo en *Acción Española*, afirmaba que ninguno reflejaba mejor «el espíritu antirreligioso del bolchevismo, la guerra contra Dios, la catástrofe moral que supone la vida sexual y familiar, las condiciones de la vida del obrero, el plan quinquenal, el concepto bolchevique de la libertad y en lo que ha venido a convertirse la tan cacareada libertad de prensa y el régimen democrático» ⁵.

El mismo tono, y aun agudizado, aparecía en otro libro de viajes publicado por Federico García Sanchíz, conocido conferenciante de la época, que mostraba, tal vez como ninguno, todos los tópicos que la derecha conservadora había ido acumulando sobre Rusia ⁶. En efecto, en él encontramos descripciones desalentadoras sobre la vivienda: «el crecimiento de los vecinos obligó a producir viviendas en serie, a lo que para colmo ayuda-

² HOYOS GASCÓN, L.: *El meridiano de Moscú o la Rusia que yo vi*, Santiago, 1933.

³ GALINSOGA, L. DE: «Crítica y noticia de libros», *ABC*, 1 de octubre de 1933.

⁴ MONTERO, E.: *Lo que vi en Rusia*, Imprenta Luz y Vida, S. A., Madrid, 1935, 412 pp.

⁵ VEGAS LATAPIÉ, E.: *Lo que vi en Rusia, por Eloy Montero*, AE-XII (1935), pp. 608-609.

⁶ GARCÍA SANCHÍZ, F.: *Las soluciones: Rusia, Roma, España*, Zaragoza, 1946 (aunque corresponde a un viaje en los años 20), 202 pp.

ban el cemento y una determinada estética novísima, padre y madre de la más triste fealdad»⁷; la comida: «nos acompañaba a través de la ciudad, en las vías populosas, con sus escaparates anhelosos de la antigua abundancia (...), un olor inconfundible de sopa de coles, y podridos arenques, que, con la multiplicación de emblemas comunistas, siempre de un encarnado feroz, llegaba a obseder»⁸; la miseria de la vida rusa, sin horizontes espirituales, y que anulaba la independencia familiar: «nacer sin paternidad moral; crecer sin hogar; sumarse a una compañera; no consentírsele a la pareja formar su nido; obligarla a recogerse, con miles de acoplamientos iguales al suyo, en montañas de cemento; alimentarse por servicios en serie; no disimularles su inutilidad en la vejez y, por último, la muerte no aliviada con la esperanza de un mundo mejor»⁹.

En los mismos aspectos incidía la prensa conservadora que, al ocuparse de Rusia, insistía en la degradación de las ciudades, de los edificios, de la vida pública en general, sobre todo en comparación con el antiguo «esplendor» de los zares; en la pobreza del pueblo ruso, mal vestido y mal alimentado; en las condiciones de la vida, las colas, el racionamiento; en la subordinación de la vida privada a los preceptos gubernamentales y, en resumen, en todas las miserias de una revolución tan cantada por sus defensores¹⁰.

— II —

Todas estas descripciones contrastaban, como era de esperar, con las de quienes veían en Rusia el amanecer de un nuevo mundo. Sin embargo, es preciso aclarar que la izquierda española, o al menos una parte de ella, que se acercó a Rusia con un espíritu abierto de observación y una actitud objetiva de valoración, no ofrecía una imagen estereotipada del paraíso de los soviets. En contraste con las anteriores, las obras de estos autores reflejaban una atención prioritaria hacia aquellos aspectos prácticos del régimen soviético que podían trasladarse a España, en detrimento de los meramente anecdóticos, y estaban escritas en un estilo analítico, no exento de crítica, y en un tono valorativo que variaba no sólo en función de las características del observador, sino también del momento en que había visitado la República de los soviets y, en consecuencia, del estadio de su evolución que contempló.

En este sentido, tal vez uno de los libros más objetivos, reflejo del espíritu atinado y sagaz de su autor y también de su formación personal y

⁷ *Ibidem*, p. 49.

⁸ *Ibidem*, p. 50.

⁹ *Ibidem*, p. 67.

¹⁰ *ABC*, 20 de enero de 1935, «Impresiones de unos turistas que regresan de Rusia».

orientación profesional, es el del catedrático y político socialista Fernando de los Ríos ¹¹, que viajó a Rusia, enviado por su partido, en 1920, es decir, en pleno comunismo de guerra cuando aún no se había instaurado la NEP. De los Ríos contempló, en consecuencia, un panorama harto sombrío: hambre, sordidez, desolación, mercado negro —que describió en su libro: *Mi viaje a la Rusia soviética*, (1921)— y que no pudo por menos que sacudir su mentalidad de hombre culto, de espíritu, máxime ante la inesperada respuesta de Lenin, tantas veces citada, «libertad, ¿para qué?» ¹². Sin embargo, el suyo dista mucho de ser un mero libro de viajes, constituyendo, en cambio, un profundo y reflexivo estudio sobre aspectos prácticos del régimen soviético —economía, política, cultura—, cuyas conclusiones, y no la mera impresión de miseria generalizada —comprensible dado el momento que atravesaba Rusia—, son las que le llevan al rechazo del comunismo. De ahí que el Partido Socialista español acordara no adherirse a la III Internacional. Parecidas razones conducirían a Angel Pestaña a desestimar el régimen soviético como propuesta política para los anarquistas españoles, si bien la decisión final, por consideraciones de otra índole —que ha analizado Peirats— fuera opuesta inicialmente a la de los socialistas ¹³.

El libro de Fernando de los Ríos constituye, con todo, una excepción. En efecto, otros socialistas que con igual espíritu se acercaron a Rusia extrajeron, en cambio, conclusiones más positivas. Tal es el caso del periodista Julio Álvarez del Vayo, del pedagogo Rodolfo Llopis y sobre todo del líder asturiano Isidoro Acevedo que viajó poco después que Fernando de los Ríos y cuyas *Impresiones de un viaje a Rusia* (1923), están escritas en un tono muy distinto al de su predecesor ¹⁴. En cuanto a Álvarez del Vayo, es tal vez uno de los mejores conocedores del régimen soviético sobre el terreno. Viajó varias veces, presencié diferentes etapas de su evolución y tuvo acceso a los círculos dirigentes moscovitas en los que era conocido y respetado ¹⁵.

Álvarez del Vayo, en *La nueva Rusia* (1926), describió, en efecto, un panorama mucho más alentador, aunque no exento de realismo ¹⁶. Contempló también una Rusia pobre —viajó en 1922—, donde las condiciones de

¹¹ RÍOS URRUTI, F. DE LOS: *Mi viaje a la Rusia soviética*, Madrid, 1921. Puede verse una reedición reciente en Alianza Editorial, Madrid, 1970, 256 pp.

¹² *Ibidem*, p. 98.

¹³ Vid. PEIRATS, J.: *Los anarquistas en la crisis política española*, Júcar, Madrid, 1976, pp. 23-29. El propio PESTAÑA narró su experiencia en *Consideraciones y juicios acerca de la Tercera Internacional* (firmado en Barcelona, 1922) y en *Informe de mi estancia en la URSS*, ambos reeditados por ZYX.

¹⁴ ACEVEDO, I.: *Impresiones de un viaje a Rusia*, Imprenta Santa María, Oviedo, 1923.

¹⁵ Vid. HIDALGO, D.: *Un notario español en Rusia*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, 247 páginas (la edición original es de Cenit, Madrid, 1929), p. 140.

¹⁶ ALVAREZ DEL VAYO, J.: *La nueva Rusia*, Espasa-Calpe, Madrid, 1926, 424 pp.

vida eran duras, y no ocultó sus reservas ante algunos aspectos del régimen soviético —condenaba abiertamente los métodos de la GPU—, pero se mostraba conciliatorio al acusar a muchos críticos de la nueva Rusia de no tener en cuenta «las condiciones en que luchaba el Gobierno soviético desde 1918 a 1922, ni lo que ha ocurrido en otras revoluciones, como la francesa, que vistas ahora a través del tiempo, hacen que la gente olvide sus aspectos sangrientos para glosar y ensalzar únicamente lo que en sí tuvieron de verdaderamente innovador y fructífero»¹⁷. En este último aspecto insistirá en su novela: *La senda roja* (1928), que, como el título indica, ilustraba el inevitable reguero de sangre que toda revolución va dejando tras de sí, la senda de sufrimientos, penurias y amarguras que el pueblo ruso, como vanguardia heroica del proletariado mundial, había ido dejando en su caminar hacia el fin glorioso de la revolución y que el mundo le había de agradecer¹⁸.

En 1929, Alvarez del Vayo volvería a Rusia y publicaría nuevamente sus impresiones con el explícito título de: *Rusia a los doce años*¹⁹. En efecto, Rusia, a los doce años de la revolución, era ya un esplendoroso presente: «la única fortaleza de los pueblos de Europa contra la reacción»²⁰. El libro, dividido en tres partes, volvía a ocuparse de aspectos prácticos del régimen soviético: la batalla en el campo, industria y defensa y política cultural. En la primera, el autor subrayaba los éxitos de la colectivización agrícola, aunque sin ocultar lo que aún quedaba por hacer; en la segunda, los del plan quinquenal. Como nota curiosa, frente al punto de vista conservador que había resaltado la diferencia entre el ejército rojo, bien equipado y alimentado, y el pueblo ruso hambriento y mal vestido, Vayo destacaba la preparación del ejército soviético como un modelo a imitar: los cuarteles eran escuelas; el soldado, la *élite* del pueblo, y la instrucción militar, un medio para formar personas más que para forjar combatientes²¹. Finalmente, en la tercera alababa la obra cultural de los bolchevique, que era uno de los aspectos de la nueva Rusia general y unánimemente elogiados.

En este último aspecto insistía Rodolfo Llopis que, como pedagogo, dedicaba una especial atención al estudio del sistema educativo de los soviets en su libro *Cómo se forja un pueblo* (1929), analizando sus diversas etapas desde las casas-cuna, las famosas «crèches», hasta la educación superior, y que coincidía con Vayo en considerarlo cjemplar²². Resulta curioso, en este plano, un dato que aparecerá también en otros autores: Die-

¹⁷ *Ibidem*, pp. 169-170.

¹⁸ ALVAREZ DEL VAYO, J.: *La senda roja*, Espasa-Calpe, Madrid, 1928, 307 pp.

¹⁹ ALVAREZ DEL VAYO, J.: *Rusia a los doce años*, Espasa-Calpe, Madrid, 1929, 162 pp.

²⁰ *Ibidem*, p. 5 (citando a Romain Rolland).

²¹ *Ibidem*, pp. 75-85.

²² LLOPIS FERRÁNDIZ, R.: *Cómo se forja un pueblo (La Rusia que yo he visto)*, España, Madrid, 1929, 290 pp.

go Hidalgo, Giménez Caballero, y es la comparación entre la educación dirigida e inspirada por la Iglesia —tema candente en la España republicana— y la dirigida e inspirada por el Estado soviético. Si lo primero era admitido en las sociedades capitalistas ¿por qué escandalizarse de lo segundo?, máxime cuando, para Llopis, «el Estado capitalista (...) no ve en el niño sino al hombre futuro que tendrá que explotar. En función de ese cruel egoísmo se interesa por el niño. El Estado proletario, por el contrario, ve en el niño al constructor de una nueva sociedad. Y en función de ese generoso egoísmo se interesa por el niño. Por eso toda la legislación soviética está hecha para salvar a esa aurora de la nueva humanidad»²³.

Dejando al margen los aspectos particulares de la reconstrucción del país, el tono general, la impresión global de la revolución y del gobierno de los soviets va mereciendo en la izquierda una mayor confianza a medida que se afianza internacionalmente el régimen soviético y que avanza el período republicano. Resultaría ingenuo marginar el hecho de que este tono laudatorio aparezca a partir de 1933-34 y de que lo haga en aquella parte del socialismo que camina más claramente hacia la radicalización. Lo primero se explica por la afirmación internacional del fascismo —subida de Hitler al poder— que aguzaba su oposición al comunismo. Lo segundo refleja el mimetismo de la situación interna española respecto a la internacional, reforzado por el paralelismo inevitable entre una y otra, máxime tras la victoria electoral de la CEDA y el fracaso de la revolución asturiana que actuó como revulsivo tanto para la derecha como para la izquierda, aunque, como es lógico, en muy distinto sentido. Sea como fuere, será en *Leviatán*, la revista del ala izquierdista del socialismo, dirigida por Luis Araquistáin, donde Julián Zugazagoitia, autor de *Rusia al día*²⁴, publique sus «Notas de andar y ver», subrayando el carácter del régimen soviético como una gran experiencia en marcha, «una nueva civilización en período de crecimiento y desarrollo», ante cuya envergadura toda consideración negativa quedaba neutralizada²⁵.

Parecida conclusión cabe extraer de las opiniones de Margarita Nelken, publicadas en *Claridad*, órgano largocaballerista, que, fruto de un viaje a la URSS realizado por varios representantes socialistas tras el VII Congreso de la Komintern, contrastan con las visiones de la derecha subrayando favorablemente aquellos aspectos que ésta había criticado. Como ejemplo podemos destacar un párrafo que llama la atención por lo idílico y que ataca precisamente la tan aireada miseria del pueblo ruso. Dice Nelken, refiriéndose al recorrido en ferrocarril por las llanuras rusas, «en las estaciones los carritos y puestos de dulces y frutas alternan con

²³ *Ibidem*, p. 56.

²⁴ ZUGAZAGOITIA, J.: *Rusia al día*, España, Madrid, 1932, 282 pp.

²⁵ ZUGAZAGOITIA, J.: «Rusia Notas de andar y ver», *Leviatán*, núm. 3, Julio, 1934.

puestos de helados. El tren lleva en lo alto, a modo de decoración, una guirnalda de estalactitas; los soldados han bajado las orejas de sus cascos y levantado el cuello de sus capotes; los campesinos que hay por los andenes tienen el gorro de pieles hundido hasta los ojos; pero todos se precipitan sobre los helados y, entre vaso y vaso de té ardiendo, se los toman como si necesitaran refrescarse (...). Las vendedoras de las estaciones ya no están tan envueltas, y ofrecen, junto con los pollos asados y las manzanas en ristras, sandías, melones, uvas gordas y doradas como nuestro Málaga»²⁶. Ante esta descripción, ¿dónde está el hambre de Rusia?

También en *Claridad* aparecía reproducido un informe de Manuilski en el VII Congreso de la Komintern que puede servirnos como resumen de la imagen que quería ofrecerse del régimen soviético: «El triunfo del socialismo en la URSS ha creado las condiciones para un desarrollo tal de bienestar material de las masas y de su nivel cultural como no ha podido ni sonarlo ningún país capitalista del mundo (...). El hombre no es el estiércol de la Historia, como proclama el fascismo; la masa humana no es el objeto sobre que se descarga el látigo del caporal fascista, que se cree el superhombre nietzscheano; no es el esclavo que construye las pirámides de Egipto; no es el apéndice de la máquina capitalista, puesto allí para procurar una vida gozosa a un puñado de parásitos; no es el objeto de ninguna explotación, ni esclavitud, ni feudal, ni capitalista. El hombre es el creador del Socialismo, el forjador de un nuevo régimen social (...). El Socialismo existe para él y él es el gran objetivo del Socialismo»²⁷.

Naturalmente este tono laudatorio se agudizará en la prensa comunista. Para los comunistas españoles el bolchevismo no tenía fisuras. Rusia era la patria del proletariado, la realidad del ideal. Moscú era, en palabras de Dolores Ibárruri, «que lo veía con los ojos del alma», «la ciudad más maravillosa de la tierra» porque «desde ella se dirigía la construcción del socialismo»²⁸.

Definidos los extremos, hora es ya de buscar una actitud intermedia, para ello nada mejor que el libro de Diego Hidalgo, recientemente reeditado²⁹, *Un notario español en Rusia*. Hidalgo viajó a Moscú impulsado por su mera curiosidad personal y con el pretexto de estudiar la organización jurídica de los soviets que, por su profesión, le interesaba. Aunque entraría más tarde en el partido radical de Lerroux, y ocuparía la cartera de Guerra en el segundo y tercer gobierno de éste, su testimonio no resulta sospechoso de parcialidad y, en todo caso, esta vinculación posterior le confiere aún mayor crédito. En efecto, el libro de Hidalgo deja traslucir la curiosidad

²⁶ NELKEN, M.: «Viajando por tierras soviéticas», *Claridad*, núm. 30, 18 de enero de 1936.

²⁷ Vid. *Claridad*, núm. 25, 23 de diciembre de 1936, «Una nueva etapa del desarrollo de la URSS».

²⁸ IBARRURI, D.: *El único camino*, Progreso, Moscú, 1976, p. 210.

²⁹ HIDALGO, D.: *Obr. cit., supra*.

sana de un hombre inquieto que busca simplemente configurar por sí mismo una opinión que ha recibido contradictoria de la prensa y publicística coetáneas. Hidalgo llega a Moscú en septiembre de 1928 cuando se acaba la fase de la NEP y se inicia la de los planes quinquenales, la colectivización agrícola y el poder absoluto de Stalin. Sin embargo, no son los aspectos políticos o los de carácter técnico los que atraen primordialmente su atención. Busca más bien una impresión general y el balance que refleja es positivo.

El libro, redactado en forma epistolar —se trata en realidad de las cartas que escribe a un amigo durante su estancia en la URSS— ofrece una descripción detallada de lo que va observando y está escrito en un estilo suelto y ameno, aunque sin pasar por alto los aspectos menos anecdóticos ni los más escabrosos. La sensación general que produce su lectura es de familiaridad, incluso de contemporaneidad, ante aquellos aspectos que presenta Hidalgo como más novedosos y que resultan ahora, con la perspectiva del tiempo, todavía cotidianos. Por ejemplo, Hidalgo resalta la gratuidad y obligatoriedad de la enseñanza en Rusia hasta los catorce años, edad que limita también la incorporación a la vida laboral³⁰. Llama la atención de igual modo la regulación de la Seguridad Social: en caso de enfermedad, todo obrero tenía derecho a médico, medicinas y tratamiento hospitalario gratuitos sin dejar de percibir íntegro su salario. También existía un seguro de paro forzoso y en caso de invalidez o retiro³¹. Si acudimos a la legislación para la mujer trabajadora, la sorpresa es aún mayor: la embarazada tenía derecho a percibir íntegro su salario dos meses antes y dos después del parto. Existía el divorcio, regulándose judicialmente la patria potestad de los hijos, y estaba admitido legalmente el aborto³².

— III —

Si pasamos del mero plano anecdótico a un terreno más concreto, la polémica continúa, aunque, preciso es reconocerlo, a pesar de sus detractores y frente a ellos el régimen soviético se afianzaba política, social e internacionalmente. En este sentido, sin duda uno de los aspectos más atrayentes y también más debatidos de la nueva Rusia era el económico. Tras la primera etapa de comunismo de guerra y la fase de la NEP, la aplicación de los planes quinquenales aparecía como uno de los experimentos más novedosos del nuevo régimen.

El fenómeno ruso como experiencia económica no podía pasar desapercibido para los observadores de la derecha. Uno de los autores que se

³⁰ *Ibidem*, pp. 106-107.

³¹ *Ibidem*, pp. 191-192.

³² *Ibidem*, p. 205.

ocupa de él con más detenimiento es el vizconde de Eza, terrateniente andaluz, que lo analiza en tres libros consecutivos. En el primero de ellos, *El enigma ruso y el ocaso socialista*³³, estudiaba la situación agrícola en Rusia y el primer plan quinquenal que apuntaba de manera directa a la colectivización agraria. Su conclusión era desalentadora: el socialismo no era una alternativa al capitalismo, puesto que, desde su punto de vista, se limitaba a utilizar los mismos métodos del sistema que combatía. En el segundo, *Rusia, ¿un peligro o una lección?*³⁴, volvía sobre el tema de la colectivización —en 1931 se estaba discutiendo en las Cortes el proyecto de ley para la reforma agraria— y llegaba a la misma conclusión. El comunismo había fracasado económicamente, no porque lo hubiera hecho el plan quinquenal en sí, sino porque se había limitado a aplicar métodos capitalistas. El Estado soviético estaba actuando como un gran patrono y la única diferencia con Occidente era que el capitalismo individual había sido sustituido por el estatal. Finalmente, en el tercero, *La agonía del comunismo*³⁵, resumía sus razones en cuatro argumentos: el Estado soviético era incapaz de dirigir los grandes planes quinquenales que habían sido concebidos, además, bajo la asesoría de técnicos extranjeros. Todo lo que se intentaba alcanzar no era más que lo que los pueblos occidentales avanzados ya poseían: el bienestar material y se estaba haciendo a costa de grandes sacrificios humanos que los métodos del capitalismo tradicional ya habían conseguido ahorrar. En último término, concluía, si se conseguía el éxito, éste no sería del comunismo, sino del capitalismo que se estaba aplicando en Rusia desde el Estado.

En realidad, lo que estos autores intentaban demostrar era que el mito socialista de la reconstrucción que asombraría al mundo no era más que eso, un mito, y que la gran alternativa económica del comunismo era pura falacia. No iba descaminado Eza si tenemos en cuenta que en las páginas de *La conquista del Estado*, el semanario de Ramiro Ledesma, se había recibido con ¡vivas! a la Rusia de los soviets³⁶, precisamente porque representaba una alternativa más de cambio, junto con la Alemania nazi y la Italia fascista, a las caducas fórmulas políticas y económicas de las democracias occidentales³⁷. Sin embargo, el espejismo pronto se desvanecería. En efecto, en el mismo semanario, la expectación inicial enseguida dejaría paso al desencanto y al enfrentamiento. Había tres razones fundamentales que

³³ EZA, vizconde de: *El enigma ruso y el ocaso socialista*, Ruiz Hermanos Editores, Madrid, 1930, 163 pp.

³⁴ EZA, vizconde de: *Rusia, ¿un peligro o una lección?*, M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1931, 201 pp.

³⁵ EZA, vizconde de: *La agonía del comunismo*, M. Minuesa de los Ríos, Madrid, 1932, 533 páginas.

³⁶ Vid. LCE, núm. 4, 4 de abril de 1931.

³⁷ Vid. LCE, núm. 9, 9 de mayo de 1931: «La juventud del mundo».

hacían incompatible el comunismo con el nuevo estado al que aspiraban: la primera, que destruía los valores espirituales; la segunda, que no era eficaz económicamente; y la tercera, que destruía la idea nacional ³⁸. En realidad, las tres aparecerían indisolublemente unidas en el discurso fascista español.

En efecto, aunque el plan quinquenal les había impresionado inicialmente, pronto consideraron que las mejoras en la vida del obrero eran mínimas sobre todo en relación con lo que se le exigía a cambio: la renuncia a su libertad individual y la supresión de su dimensión espiritual. Por otra parte, el internacionalismo obrero era incompatible con estos movimientos que hallaban en la exaltación del nacionalismo su dimensión más consustancial. Llegamos, sin embargo, de este modo a dos de los argumentos cruciales que forjarán el camino hacia la amenaza soviética: el peligro moral y la expansión internacional.

En el primer aspecto insitirán, como cabía esperar, figuras claves del tradicionalismo español: Ramiro de Maeztu y personas ligadas a su órgano más significativo en la España republicana, la revista *Acción Española*. En efecto, para estos autores el marxismo era, por encima de todo, la doctrina que había plasmado de modo más perfecto el movimiento contraespiritual ³⁹. El bolchevismo «que nació en Eisleben con Lutero» era la última consecuencia de la Reforma ⁴⁰. Del mismo modo que identificaban patria con catolicismo consideraban a los enemigos del catolicismo enemigos de la patria. Por eso, la Rusia soviética, el comunismo, era el Anti-Cristo y, por tanto, la Anti-Patria. Esta identificación llegaría al paroxismo tras la revolución de Asturias.

Y nos hallamos así ante la segunda y más importante dimensión del comunismo en su relación con España durante el periodo republicano. Del peligro moral, económico o social pasamos al peligro «real», a la amenaza de la expansión comunista que hallaba en España un campo especialmente abonado para su extensión. ¿Cómo se llega a esta conclusión? En un primer momento, por motivos más o menos aleatorios: las concomitancias entre el alma rusa y el alma española, que habían señalado escritores como Giménez Caballero o el propio Trotsky, o el «residuo africano» de España, que subrayó Onésimo Redondo...; después, por hechos más concretos: las tácticas de la Komintern y, sobre todo, el revulsivo de la revolución de Asturias que hizo entrever a la atemorizada derecha española la posibilidad de que realmente se implantase un régimen comunista en

³⁸ *LCE*, núm. 5, 11 de abril de 1931: «Ante el comunismo. La batalla social y política de Occidente».

³⁹ *Vid.* ESCOBAR, J. I.: «Espiritualismo contra marxismo», *AE*, IV-20 (1 de enero de 1933), 21 (16 de enero de 1933) y 22 (1 de febrero de 1933).

⁴⁰ PEMARTÍN, J.: «España como pensamiento», *AE Antología-87* (1936), p. 376.

España. Dejando al margen lo que en esto hubo de amenaza real o de miedo exacerbado, lo cierto es que la revolución asturiana, unida a la propia evolución de la política soviética a tenor de la coyuntura internacional, provocó en España un viraje decisivo que actuó como puente crucial entre las meras especulaciones sobre una experiencia novedosa y una amenaza real que había que combatir. Es el puente que desembocó en la guerra civil y que dio sentido y contenido al término «cruzada».

Veamos en primer lugar como se había llegado a ese sentimiento de España como pueblo especialmene elegido para asimilar la experiencia soviética. Aunque hay numerosos testimonios, tomaremos como ejemplo el de Ernesto Giménez Caballero, el inefable «vocero» del fascismo español, que en las páginas de su *Robinsón Literario* había llamado la atención sobre las concomitancias entre el alma española y el alma rusa. En efecto, aunque el español es anárquico e individualista y el ruso panárquico y nihilista —decía—, a ambos les une la incapacidad para sentir la libertad como un bien autónomo, de sentir la vida al modo occidental, de superar la barrera infranqueable de la «autodeterminación» luterana, europea y liberal. Así lo entendieron Lenin y ¡Loyola! que se convirtieron en conductores decisivos de sus respectivos pueblos ⁴¹. Por peregrina que pueda resultar la comparación, lo cierto es que no es el único que la utiliza. Diego Hidalgo, observador poco sospechoso, como ya advertimos, sintió la misma sensación al contemplar los métodos soviéticos que le remitieron a su experiencia escolar en los jesuitas, y concretamente, a los «Luises» ⁴², organización a la que también había pertenecido Onésimo Redondo.

Llegados a este punto, no resulta secundario subrayar que precisamente Onésimo se mostrará especialmente sensible a la identificación del español como pueblo elegido, si bien ahondando en otro elemento: el residuo árabe, que adquiere significado si tenemos en cuenta que fue Onésimo el gran descubridor del marxismo como un nuevo componente de la sempiterna conspiración judía contra España. El marxismo era la nueva barbarie, su victoria representaría una «africanización de la vida» y España se hallaba especialmente expuesta por ser una zona de frotamiento entre lo africano y lo europeo y por conservar en Andalucía restos de sangre mora: «si en todo el mundo es (el marxismo) la conjura judía —“semita”— contra la civilización occidental, en España presenta más delicadas y rápidas coincidencias con lo semita, con lo africano. Vedle florecer con toda su lozanía de primitivismo en las provincias del Sur, donde la sangre mora perdura en el subsuelo de la raza. (Por eso, concluía) en España la aniquilación del marxismo es la continuación de la historia universal, el cumplimiento de una dura y relevante misión histórica, en favor de Europa. Y la

⁴¹ GIMÉNEZ CABALLERO, E.: «Rusia y España. Loyola y Lenin», *La Gaceta Literaria*, número 121, 15 de enero de 1932.

⁴² Vid. HIDALGO, D.: *Obr. cit. supra*, p. 137.

victoria definitiva del marxismo sería la reafricanización de España, la victoria conjunta de los elementos semitas —judíos y moriscos, aristócratas y plebeyos—, conservados étnica o espiritualmente en la Península y en Europa»⁴³.

Sin embargo, sobre estas consideraciones más o menos aleatorias, se superpondrán peligros más concretos. En efecto, aunque Ledesma había desarrollado una peculiar teoría sobre la incapacidad revolucionaria del marxismo⁴⁴, lo cierto es que su postura no era ni mucho menos unánimemente compartida. Muy al contrario, aunque aparentemente Stalin había relegado la expansión imperialista y optado por una vía conciliatoria en las relaciones internacionales (la URSS entró en la Sociedad de Naciones el 18 de septiembre de 1934 y había firmado pactos de no agresión con Finlandia, 21-I-1932, y con Polonia, 25-VII-1932), desde el punto de vista de la derecha española esto no era más que una manera de ganar tiempo mientras se reconstruía internamente y reorganizaba su ejército para la ofensiva final⁴⁵.

Por otra parte, de que España ocupaba un lugar esencial en los planes de Stalin a largo plazo no cabía duda a la luz de las actividades de la III Internacional, que actuaba en España conforme a cuatro consignas: ayuda e infiltración en todos los partidos separatistas; campaña antimilitarista aunque Stalin se cuidaba bien de equipar al Ejército rojo, el «pacifismo» marxista alentaba la supresión de los ejércitos nacionales; campaña anti-imperialista —la República nos había vendido a los intereses del imperialismo franco-británico, acabar con él era, para Rusia, eliminar dos enemigos de un sólo golpe; e infiltración en los partidos socialistas— claro ejemplo de ello era la bolchevización del socialismo español⁴⁶.

Tras la revolución de Asturias y sobre todo tras los acuerdos del VII Congreso de la Komintern (julio-agosto de 1935) y los preparativos del Frente Popular, ya no quedaban dudas: el enemigo estaba en la propia casa. Entonces, la propaganda falangista se relanzará sin trabas: España estaba inminentemente amenazada, y la República española, anacronismo viviente de las caducas fórmulas demoliberales, que además había renunciado «altruistamente» a la guerra en el artículo 6.º de su Constitución, no iba a ser capaz de defenderla. Falange asume así la «misión» de «salvar» a España, y a la Europa entregada al «pacifismo bobo» de Ginebra, del peligro soviético⁴⁷. La guerra civil sería la funesta consecuencia.

⁴³ REDONDO ORTEGA, O.: «El regreso de la bargaric», *JONS*, núm. 1, mayo, 1933.

⁴⁴ Vid. LEDESMA RAMOS, R.: *Discurso a las juventudes de España*, Ariel, Barcelona, 1968 (edición original de 1935), pp. 288-291.

⁴⁵ *Arriba*, núm. 3, 4 de abril de 1935: «El verdadero peligro ruso. La cabalgada asiática».

⁴⁶ *Arriba*, núm. 3, 4 de abril de 1935: «Expansión de la URSS en el mundo. España».

⁴⁷ Vid. PRIMO DE RIVERA, J. A.: «España y la barbarie», *Arriba*, núm. 30, 30 de enero de 1936.

— IV —

Ahora bien, cabe preguntarse cómo asume la izquierda española el viraje de la política de Stalin. La cuestión no es secundaria, porque durante el primer bienio republicano la prensa comunista había estado atacando duramente la política española en la Sociedad de Naciones y, siguiendo las consignas de la III Internacional, alentando el rencor contra Francia. La explicación a esta actitud hay que buscarla en la situación posterior a la primera guerra mundial: aunque la Rusia zarista había luchado entonces al lado de los aliados, el Estado soviético revolucionario no sólo no asumió los compromisos anteriores, sino que abandonó la contienda pactando la paz separadamente en Brest-Litovsk. Por otra parte, los soviets no habían olvidado la política de «cordón sanitario» impuesta por las potencias vencedoras, alentando así un resquemor contra Francia que, en el caso español, tuvo ocasión de manifestarse en la desafortunada campaña que desataron los comunistas ante la visita del jefe del Gobierno francés —Herriot— a España en noviembre de 1932, y en su actitud radical frente a los rumores de una posible alianza militar franco-española. ¿Cómo explicar ahora la entrada de la URSS en la Sociedad de Naciones y, sobre todo, el pacto con Francia?

Para la derecha, el viraje estaba claro: la URSS, sólo parcialmente repuesta de la amenaza de una guerra con Japón reavivada por la crisis de Manchuria en 1932, tenía que hacer frente ahora a un peligro más real: la expansión hacia el este, claramente dirigida contra ella en el programa hitleriano. Por eso, egoístamente, Stalin abandonaba su campaña pacifista y anti-imperialista y se aliaba con las democracias occidentales, entrando en la Sociedad de Naciones y, sobre todo, pactando con Francia en mayo de 1935⁴⁸. Todo esto no hacía más que confirmar los temores de la derecha que veía cobrar significado a todos sus argumentos anteriores: Stalin había estado ganando tiempo, preparándose hipócritamente para la ofensiva final.

En cambio, para la izquierda, que invertía los términos, no era más que una reacción lógica ante la amenaza fascista —evidente tras el ascenso de Hitler al poder, los sucesos de Austria y la agresión italiana a Etiopía que se preparaba— y una prueba de realismo político por parte de Stalin. En este sentido, la adhesión de la prensa comunista al régimen soviético era incondicional, hasta el punto de que la misma «Pasionaria» no tendrá reparo en afirmar, en su discurso de salutación en el VII Congreso de la Komintern, que los comunistas españoles que siempre habían considerado como un gran honor tener un jefe como el camarada Stalin «ahora, des-

⁴⁸ *FE y Arriba* habían estado siguiendo cuidadosamente la evolución del régimen de Stalin en sus secciones «Noticiero del mundo» y «Ventana al mundo».

pués de la firma del pacto franco-soviético, estamos aún más orgullosos al verle obligar al mundo capitalista a incluirse en el frente de la paz organizado por la Unión Soviética»⁴⁹.

De este modo, lo que para la derecha había sido una renuncia descarada a la anterior política comunista, se vuelve para el PCE en una adhesión de Occidente a la política pacifista y antifascista que siempre había defendido la Unión Soviética. Realmente, argumentos había para una y otra postura, puesto que el mundo occidental y los republicanos y socialistas españoles todavía recordaban las proposiciones de renuncia total a los armamentos que Litvinov —aún candidato electo a la representación soviética en la Asamblea ginebrina— había expuesto en la Sociedad de Naciones en las reuniones de la Conferencia de Desarme⁵⁰. Fernando de los Ríos, no precisamente partidario de la «bochevización» del PSOE, deja constancia del estado de opinión de la izquierda española en el párrafo que transcribimos: «¿A qué va Rusia a la Sociedad de Naciones? ¿Va en busca del apoyo colectivo que prometen los artículos 10, 11 y 16 del Pacto al agredido? ¿Va a la Sociedad de Naciones previendo la posible agresión del Japón, con quien los motivos de fricción difícilmente pueden desaparecer una vez instalados los japoneses en Manchuria y embarcados en una política de grandes alientos imperialistas? Al rehacerse la inteligencia francorrusa en los expresivos términos que lo ha sido, y modificarse la actitud de Italia respecto de Alemania, por la conducta de ésta para con Austria, el valor político de Rusia se acrecienta; más a cambio de lo que aporta a la seguridad de Europa Occidental y Oriental, querrá a su vez tener garantizada la no agresión en su flanco este ¿Logrará su objetivo y contribuirá de este modo a impedir la guerra?»⁵¹.

Hasta los sectores de la izquierda española que habían mostrado una actitud crítica ante el régimen de Stalin, caso de la *Izquierda Comunista* de Nin, de inspiración trotskista, y del *Bloc Obrero y Camperol* de Joaquín Maurín, fusionados después en el POUM, se mostrarán ahora comprensivos. En efecto, estos sectores que habían mantenido durante todo el período republicano una opción divergente, subrayando la importante diferencia entre la revolución rusa —a cuyos ideales se mantenían fieles— y el régimen soviético —que, desde su punto de vista, los había traicionado—, justificarán ahora el viraje de Stalin ante la amenaza de un peligro mayor: el fascismo⁵². En efecto, del mismo modo que el temor al comunismo

⁴⁹ Cit. por COMÍN COLOMER, E.: «Historia del Partido Comunista de España», Editora Nacional, Madrid, 1974, vol. II, p. 522.

⁵⁰ Vid. ALVAREZ DEL VAYO, J.: «Los soviets en Ginebra», *Leviatán*, núm. 3, julio, 1934 y *En la lucha. Memorias*, Grijalbo, Barcelona, 1973, pp. 164-168.

⁵¹ RÍOS URRUTI, F. DE LOS: *Obr. cit. supra*, p. 38 (prólogo del autor a la tercera edición, 1934).

⁵² Vid. «El POUM al proletariado español», *La Batalla*, Barcelona, 11 de octubre de 1935.

había limado toda aspereza entre los distintos sectores de la derecha española, unificándola ante el enemigo común; a la inversa, el peligro fascista aliguaría los esfuerzos de la izquierda que se plasmarían en el Frente Popular. Digamos, para terminar, que los anarquistas, románticos defensores de la utopía del comunismo libertario, serán los únicos que, aún en 1936, mantendrían en alto la antorcha de una revolución que para ellos estaba todavía por llegar ⁵³.

Finalmente, sólo señalar que, pese a la polémica y atención a la experiencia soviética que hemos reflejado en estas páginas, el gobierno de los soviets no fue conocido oficialmente por la España republicana hasta 1936. En efecto, aunque se habían iniciado negociaciones al respecto durante el primer bienio y la República apadrinó la entrada de la URSS en la Sociedad de Naciones, la revolución asturiana paralizó bruscamente las conversaciones y preluvió un enfrentamiento que desembocaría en la cruenta batalla que librarían los españoles contra sí mismos en 1936.

⁵³ *Solidaridad Obrera*. 16 y 17 de enero de 1935: «El fascismo rojo» y 29 de enero de 1935: «Meditaciones: Rusia».